

Julie MARFANY, *Terra, protoindústria i població a Igualada, c. 1680-1829. Una via catalana de transició al capitalisme?* Girona, Associació d'Història Rural, Centre de Recerca d'Història Rural de la Universitat de Girona i Documenta Universitaria, 2020, 296 p.

El objeto de esta obra es de gran alcance. Trata de la transición al capitalismo en una población catalana en contraste con los rasgos que tuvo dicho proceso en el noroeste de Europa y, en especial, en Inglaterra. La autora fundamenta su análisis sobre la base de la *unidad doméstica*, la cual es considerada a partir de su doble condición de productora y consumidora y de sus relaciones con los mercados. En las páginas introductorias, precisa también las que podríamos denominar las categorías epistemológicas en las que se fundamenta su investigación. Es decir, la *protoindustrialización* (de F. Mendels y, posteriormente, P. Kriedte, H. Medick y J. Schulumbohm), el *modelo matrimonial norte europeo* (de J. Hajnal) y la *revolución industrial* (de J. de Vries).

Los datos empíricos de su estudio proceden de la ciudad de Igualada, un centro económico que se distinguió por la precocidad, intensidad y notoriedad de su desarrollo protoindustrial en la industria de la lana y que a finales del siglo XVIII experimentó un vigoroso tránsito de la manufactura lanera a la algodonera. La obtención de la ingente información cuantitativa y cualitativa utilizada ha exigido una exhaustiva explotación de la documentación de los archivos eclesiástico, notarial y municipal de dicha localidad relativa a un segmento temporal de siglo y medio. Ello ha comportado procesar nada menos que 446 contratos agrarios, 522 inventarios *post mortem*... y realizar una utilización intensiva de los libros de bautismos, óbitos y matrimonios, censos de población, catastros, libros registro municipales... relativos al período estudiado.

Una cuestión de vertebral importancia en el libro que nos ocupa es la de precisar la expansión de la economía mercantil derivada de la conjunción entre la intensificación de la agricultura —por efecto, en buena parte, de los progresos en la especialización vitícola— y el avance del proceso de protoindustrialización de la industria textil. Estos procesos son estudiados en estrecha simbiosis con el comportamiento y el desarrollo de especializaciones o diversificaciones de las actividades económicas de las unidades familiares. Paralelamente, a lo largo de la obra se presta mucha atención a los indicios sobre la intensificación del trabajo familiar y a los avances de la producción para el mercado, asociados con la presencia (o no) de actitudes industriales y de cambios en las pautas de consumo.

Bajo dichas premisas, Julie Marfany considera que las transformaciones en la agricultura en el microespacio estudiado dieron lugar a un incremento de los niveles de comercialización equivalentes a las experimentados en muchas regiones del noroeste de Europa. En el caso catalán, ello se fundamentó, sobre todo, como es bien conocido, en la creciente especialización vitícola, con la persistencia del cultivo familiar en pequeñas parcelas y con un acusado protagonismo de los pequeños campesinos en todo el proceso productivo agrario. El contrato de *rabassa morta* derivado de la enfiteusis —que otorgaba a los aparceros la cuasipropiedad de la tierra— resultó compatible con un notable crecimiento agrario por vía intensiva. Pero, en la Cataluña del siglo XVIII eran muchos los campesinos aparceros que no disponían de tierra suficiente para asegurar su subsistencia, lo que obligaba a las familias a incrementar sus ingresos mediante el ejercicio de otras actividades económicas, lo cual se producía de un modo acusadísimo en el medio urbano objeto de este estudio.

La autora precisa, seguidamente, que entre dichas actividades tuvieron un absoluto predominio las relacionadas con la protoindustria y, sobre todo, en principio, con la industria tradicional de la lana. En Igualada, la industria pañera experimentó un crecimiento espectacular a lo largo del siglo XVIII y también una profunda mutación. Esta fue impulsada por unos pocos *pelaires* que se convirtieron en fabricantes-mercaderes que desarrollaron redes orientadas a la comercialización de tejidos de calidad. Esto comportó, primero, la erosión de las estructuras gremiales y la jerarquización del *putting out* y, finalmente, la ruptura de la regulación gremial y la conversión de los tejedores en asalariados. El paso de la lana al algodón, observa Marfany, no alteró, en principio, en Igualada la estructura protoindustrial de la base productiva: algunos *pelaires* se transformaron en fabricantes algodoneros y subsistió la producción doméstica y en pequeña escala. Posiblemente, ello se explica porque tal estructura en extremo atomizada se adaptaba mejor a un contexto caracterizado por bruscos cambios políticos y económicos durante el período comprendido entre 1790 y 1830.

De otro lado, la autora opina que aun cuando en Igualada (y en toda Cataluña) los lazos familiares eran todavía muy fuertes, los mismos no significaban ningún obstáculo para la adaptación de la unidad familiar a un contexto cambiante. En el transcurso del siglo se registró en dicha población un intenso crecimiento demográfico como resultado de la conjunción de: cierta disminución de la edad del matrimonio; un incremento de las oportunidades de formar nuevas familias; un posible aumento de la fecundidad matrimonial, tal vez relacionado con una disminución del período de amantamiento; constitución, debido a su expansión manufacturera, de un poderoso núcleo de atracción de inmigración neta... Pero también observa que a largo plazo se vislumbraban límites malthusianos: la mortalidad se mantuvo elevada —particularmente la mortalidad infantil, que experimentó una tendencia alcista— y en el transcurso de las décadas del cambio de siglo se registró un período de sobre mortalidad.

Uno de los capítulos más interesantes de la obra es el dedicado a poner de manifiesto abundantes indicios que apuntan a que se estaba produciendo, en el medio

analizado, cierta «revolución industrial» a través de la formación de economías familiares duales, que integraban el trabajo agrícola —el cultivo de pequeñas parcelas— y la protoindustria, consistente, frecuentemente, en la hilatura doméstica efectuada por mujeres. Ello induce a Marfany a formular la hipótesis de que se produjo una intensificación del trabajo femenino y también del de la población en general, la cual tendió a trabajar durante más días al año y durante más horas al día. Y a preguntarse si esto implicó un incremento de la capacidad adquisitiva y del consumo de las unidades familiares. El estudio de los inventarios revela que, efectivamente, se registraron cambios en las pautas de consumo, aunque, al parecer, restringidos a los segmentos medios y altos de la pirámide social. En definitiva, la respuesta es que existen indicios de incrementos de consumo de bienes duraderos (relojes, cubiertos, espejos, libros, cuadros, nuevos tejidos...) y de nuevos bienes perecederos (chocolate, tabaco...), pero que es muy dudoso que ello sea generalizable al común de la población.

En resumen, a la luz de los datos aportados mediante este espléndido estudio sobre la sociedad igualadina, Julie Marfany llega a la conclusión de que las unidades familiares intentaron, en la medida de lo posible, refugiarse en el autoconsumo —mediante la crianza de aves de corral, la elaboración de pan, la destilación de aguardiente...—, pero que no podían escapar a la necesidad de comprar productos de subsistencia que eran incapaces de producir. La necesidad de dinero para acudir al mercado —la presión fiscal no les era para nada ajena— era el factor que forzaba a las familias a trabajar más, no por elección, sino por razones de supervivencia. Por tanto, la experiencia igualadina le sugiere que se trata de una vía diferente de la esbozada por Jan de Vries —en la cual la relación de las familias con el mercado se supone que es fruto de una decisión libremente adoptada para consumir más—, dado que la participación de las unidades familiares en el mercado constituye una práctica forzada por la necesidad de subsistir.

Por último, la autora expone que tampoco existía en Cataluña el modelo matrimonial constituido por la familia nuclear —cuestiona, además, que existiera de manera generalizada en el noroeste de Europa— que, según De Vries protagonizó la *revolución industrial*, pero indica que le parece indiscutible que el paso al capitalismo exigió una notable intensificación del trabajo familiar. Es decir, que un *comportamiento industrial* resultó, en todas partes, indispensable, aun cuando los factores desencadenantes y las formas concretas de su manifestación difieran en distintas regiones y países. En Cataluña, la transición al capitalismo —en el contexto de unos derechos de propiedad específicos y de unos lazos familiares comparativamente fuertes— registró algunas singularidades: un proceso de especialización regional agrícola propiciado por el suelo y el clima; unas tensiones de sobremortalidad inexistentes en el noroeste de Europa; una escasez relativa de capital que propició el auge de las pequeñas unidades de producción y la autoexplotación mediante el trabajo familiar... En dicho tránsito, pese a que los nuevos bienes de consumo no se pueden considerar inexistentes, anduvieron lejos de alcanzar los niveles que tuvieron en los países europeos más avan-

zados. En suma, en opinión de Marfany: «Esta fue otra forma de transición al capitalismo, puede que más asiática que europea, con características compartidas entre una y otra, pero, en última instancia, muy diferente...».

PERE PASCUAL DOMÈNECH
Universitat de Barcelona